

13 NOVEMB
TEATRAL

20 cts

1911



DIRECTOR: JOSÉ DE UQUÍA

Sumario de obras publicadas en La novela TEATRAL.

GALDOS. 49. Electra-53. Doña Perfecta-58. La taca de la casa-62. Realidad-82. La fe Sanquintin. *Sor Simona.

BENAVENTE.—9. Todos somos unos-102. La casa encantada-107. El marido de su vida.

QUINTERO. 66. Doña Clarines-74. El patio-77. La escondida senda-88. El niño prodigio. *Peppa Reyes.

GUINERA. 113. María Rosa 111. Tierra baja-96. Agua que corre.

LINARES RIVAS. 16. El Cardenal-93. La Cizana-101. Bodas de plata.

MARTINEZ SIERRA.—29. Primavera en otoño. *El amor de la casa.

TAMAYO Y BAUS.—136. Un drama nuevo-203. La bola de nieve-181. Lances de honor-149. La historia de amor-177. Lo positivo-214. Virzina.

DICENTA. 6. El Ebo-14. Sobrevenirse-21. El señor Feudal-38. El crimen de ayer-60. Daniel-69. Amor de artistas-77. Aurora-92. Luciano- Juan José.

ZORILLA.—88. El Alcalde Riquelme-130. El Zapatero y el Rey-141. Sancho García-148. El puñal del Godo-171. La menor razón la e pada.

VILLAESPEÑA. 10. El rey Galor-23. Aben Humeya-37. Doña María de Padilla-45. La loca de Castilla-41. Falconero. *El Alcázar de las perlas-28. La Gioconda.

MARQUINA. 151. En Flaundes se ha puesto el sol-192. Doña María la Brava-201. El Retablo de Agrellano. Las lujas del Cid-195. El Rey Trovador.

RAMOS CARRION 84. El noveno matrimonio-86. La Tempestad-95. La Bruja-155. La muela del mudo-194. El bigote rubio-106. Los sobrinos del Capitán Grant-179. Mi cara mitad-123. Los señoritos-213. La criatura-30. La Marsellesa.

VITAL AZA.—32. Frankfort-33. La Rebotica-36. Ciencias exactas-39. La Praxiana-

45. Parada y fonda-50. Tiquis Miquis-63. La sala de armas-157. Las confidencias-157. El sueño dorado-125. El matrimonio anterior-11. Llovido del cielo-197. El señor cura-131. El sombrero de copa-20. Con la música a otra parte-191. El afinador-200. Pericito.

RAMOS CARRION-VITAL AZA 147. El señor Gobernador-119. Zaragueta-183. Robo en el poblado-151. El padron municipal-110. El oso muerto-132. La ocasión la pinta calva-118. El rey que rabió.

ECHEGARAY (Miguel).—4. La viciosa-59. Gigantes y cabezudos-76. El duño de la Africana-91. La Raalera-115. Los demonios en el cuerpo-178. La Credencial-163. Los Higonotes-120. Entre parientes-111. El octavo no menta.

ARNICHES—2. La sobrina del cura-11. La casa de Quirós-39. Las estrellas-20. Dolores-21. La señorita de Trevelez-33. La gestuza-67. La noche de Reyes.

ARNICHES - GARCIA ALVAREZ.—15. Alma de Dios-17. El pobre Valbuena-70. El terrible Perez-75. El fresco de Goya-93. El método Gorritz-87. El cuarto Pons-97. Mi papa-124. El pollo Tejada-128. El perro chico-105. Gente menuda-122. El príncipe Casto.

GARCIA ALVAREZ-NUÑOZ BECA.—8. El verdugo de Sevilla-12. Fugar XXI-31. La frescura de Laineate-31. El último Bravo-55. Los cuatro Robinsones-64. Pastor y Borrego-73. Trampa y cartón-193. Faustina.

PABO-ABATL.—13. El río de oro-10. El gran tacahón-116. La Divina Providencia-206. Los perros de presa.

PERRIN-PALACIOS 74. La Corte de Faraón-80. La manca zamorana-81. Pedro Gómez-99. La Generala-93. Pepe Gallardo-109. El Husar de la Guardia-112. Casenanza libre-10. Cinematógrafo Nacional. *Certamen Nacional 1904 Cuadros disolventes-150. La tierra del Sol-151. Las mujeres de Don Juan-146. El País de las Hadas.

COMEDIAS

1. Trata de blancos-3. El místico-4. Los semidioses-5. Las encatadas-18. El hombre que asesinó-25. La eterna víctima-26. Jenny Sanson-27. López de Corta-31. El misterio del cuarto amarillo-33. Primerose-38. Raffles-41. Miradolina-42. Genio y figura-47. Petit-Cafe-48. Los Noveleros-54. La Tizona-55. Mis, tette y su mamá-57. Los gemelos-98. La cena de las burlas-100. Franz Hallers-103. La Tesca-108. La tía de Carlos-112. Fedora-117. El oscuro domingo-121. Los ganosos del Capitolo-129. El director general-133. *Tocino del cielo-134. Militates y pasanos-135. Muerte, y veras-139. Jarabe de pico-140. Papa Lebonnard-141. La barba de Carrillo-143. El Revisor-144. Blasco- Inmoro-145. El crimen de la calle de Leganitos-146. Lo que ha de ser-152. Don Francisco de Quevedo-153. La Cielón-156. El amor vela-160. La señorita del almacén-164. El Ladrón-166. La pesca del millón-167. El señor Duque-169. El Gobernador de Urbequeta-173. Letadores-180. Situaciones cómicas en el teatro español-181. El terror-185. El primer carro. *El Gavilán-187. Los amigos del alma-189. La casa de los milagros-190. El duelo-192. Los amantes de Teruel-198. La Casastilla-199. Marcela o ¿A cuál de los tres?-203. La historia del Don Juan Tenorio-207. Un negocio de oro-208. También la Corrundera es guapa-210. Mister Beverley-212. La Dama de las camisas-215. Hamlet-216. La caracterización y las morales.

ZARZUELAS

7. Charito la Samaritana-22. Serafín la Rabalés-46. La alegría de la huerta-52. La marcha de Cádiz-61. Fichico del café-tin-68. Los cañotes de la reina-72. La Tempranica-79. El niño judío-84. El padrino de «El Nene»-85. La bolsa de aceite-96. El señor Joaquín-127. Tonadillas españolas-138. Cantables célebres de zarzuelas-159. Niño-161. Los penitentes de la Trini-162. Pancho Virondo-165. La boda de Cayetana-168. Las Corsarias-170. La Chicharra-172. El niño del principal-174. La Madrina-175. Chistes célebres de comedias-176. La suerte de Salustiano-184. La tragedia de Lavina-202. La canción del olvido-206. El As-204. La suerte perra-211. Tonadillas españolas (2.ª parte.)

Número atresado 70 céntimos sobre el precio que marcos el ejemplar

(**) Las obras señaladas con dos asteriscos han sido publicadas en LA NOVELA CORTA.

EL HALCONERO

POEMA TRÁGICO EN TRES ACTOS, ORIGINAL DE

FRANCISCO VILLAESPESA

PERSONAJES

ROSAURA — ANGÉLICA — VIOLANTE — BEATRIZ — LAURA — GASTÓN — EL CONDE
DON DIONIS. MICER PIETRO — MICER HAROLDO
Damas, pajes y caballeros.

ACTO PRIMERO

Los jardines del Rey Arturo. Al fondo, la fachada del palacio, coronada de góticos torreones. Amplia escalinata con balaustraje de mármol conduce al portico. Avenidas de cipreses. A la izquierda, las márgenes de un lago. A la derecha, el bosque florido. Amanece.

Angélica y Violante.

(Conversando cerca del lago.)

ANO. — ¿Se levantó la Princesa?...

Vio. — Hace ya tiempo que está en la capilla, rezando...

No ha de tardar en bajar con Beatriz, a los jardines, que ya en el verde cristal del lago, la Aurora empieza lentamente a clarear...

(Mirando al lago en cuyos tersos cristales comienza a alborazar el día.)

¡Mira: florece en las aguas como si fuera un rosa!...

(Volviéndose de nuevo a Angélica.)

Con nuestro buen rey Arturo, don Dionis de caza va,

y al jardín, a despedirlos, la Princesa bajará...

ANO. — ¿Y no va de cetrería?...

Vio. — No gusta de ella... Además mañana es el casamiento...

¿Qué te parece el galán?...

ANO. — ¡En lo apuesto y lo bizarro don Dionis no tiene igual!...

¡Tan gallarda es su presencia y tan noble es su ademán,

que tras él, para admirarle, todos los ojos se van!...

Vio. — (Como si de súbito un recuerdo realitase su imaginación, oscureciéndola.)

¡Lástima me inspira el Conde!...

ANO. — ¿Por qué?

Vio. — Por que acabará trágicamente... cual todos

los que se intenten casar con Blanca Flor, la Princesa...

(Bajando la voz, con aire de misterio.)

Dicen que un signo fatal presidió su nacimiento...

¡Todo el que la llegue a amar,

a traición asesinado fatalmente morirá!...

¡Y tales historias cuentan que miedo escucharlas da!...

(Con supersticioso terror.)

Dos príncipes han venido con la Princesa a casar, y los dos en sus sepulcros de mármol reposan ya ..

Al uno, muerto encontraron en la cámara nupcial,

sin una herida. . Y al otro flotando sobre el cristal

de esa laguna... Tenía clavado al pecho un puñal...

ANO. — (Horrorizada.)

¿Y no averiguaron?...

Vio.

se ha podido averiguar.

El Rey mandó hacer justicia, y sólo por sospechar,

¡a cuántos pajes colgaron del garfio de un almenar!...

¡Desde entonces la Princesa se muere de soledad,

como un irio que entre cirios se deshoja en un altar!...

(Pequeña pausa.)

ANO. — ¿Qué diferencia entre ella y la Infantina!...

Vio. — ¡Es verdad que comparar a las dos,

es igual que comparar a una tímida gacela

con un hambriento chacal!

ANO. — ¿Tan cruel es la Infantina?

Vio. — ¡Bien se conoce que estás ha poco tiempo en la Corte!...

¡No hay crueldad cual su crueldad!

(Bajando aún más la voz.)
A la marquesa Yolanda,

Nada

porque se atrevió un juglar
a encarecer sus pupilas,
mandó, envidiosa, cegar,
echándola de palacio
igual que se arroja a un can...
Y el juglar, en esa torre
des de entonces preso está...
(Señalando al torreon de la izquierda.)
Y allí vive, condenado
a morir de hambre... ¡Me da
miedo, si recuerdo el eco
de su voz, cuando a gritar,
igual que un loco se asoma
a esa ventana ojival!...

ANO.—¿Cómo en el cuerpo de un ángel
vive el alma de Satán?...
¡Porque en belleza, la Infanta
no puede tener rival!...

Vio.—¡Pues en su propia belleza
radica todo su mal,
que los ojos que la miran
no la pueden olvidar!...

ANG.—(Mirando a la escalinata y poniéndose
la mano en la boca.) Alguien se aproxima.
Vio. ¡Es ella!...

(En lo alto de la escalinata aparece la bella
y rígida figura de Rosaura, en traje de Corte.
Dos pajes le sostienen la cola. Van descen-
diendo lentamente.)

ANO.—¡Qué hermosa y pálida está!...
(Disponiéndose a partir por la derecha.)

Vio.—¿Te marchas?...
ANG. A la Princesa
Blanca Flor, voy a avisar.
(Sale mientras desciende la comitiva.)
Rosaura, Violante, Beatriz, Damas y Pajes.
Ros.—(Mientras desciende la escalinata y se
aproxima al lago.)
¡Magnífica mañana!... Tiempo hacia
que no vi amanecer... Semeja el lago
un gran charco de sangre... Está to
[nismo
que la mañana aquella en que a Lotu-
el prometido de mi hermana, yerto[rio,
sobre sus claras ondas encontraron.
¿No recuerdas, Violante?... Como aho-
ra el alba florecía... Lo sacaron [ra
cuatro pajes... Brillaba sobre el pecho
el pomo de un puñal ensangrentado;
y al transportarle, el musgo del camino,
rozaban, al pasar, sus yertas manos...
Vio.—¡Qué recuerdo, señora, qué re-
[cue-do]

Ros.—¿Qué te pasa, Violante?... Está
[un
tu rostro, como el suyo... ¿No recuer-
[das?

Todas os desmayasteis a su paso...

Sólo yo, en la marmórea escalinata
de pie permanecí. Mi propia mano
el arma le arrancó, y de rubles
su sangre salpicó mi velo blanco...
En sus ojos abiertos, donde el alba
lla neaba, veíase el espanto...
Sobre su rostro doblegué mi frente,
y con mis besos le cerré los párpados!...
(Como si el recuerdo se hiciese realidad, al
evocar lo.)
Era un alba magnífica de Junio...
(Se detiene un instante. Después cambia de
tono, dirigiéndose a Violante.) [dor
El Conde don Dionis, ¿aun no ha llega-
Vio.—Viendo está los halcones, con el
(Rey,
mientras frenan y ensilan los caballos.
Ros. (Con sorda y reconcentrada ironía.)
¿Y la Princesa?
Vio. Vuestra noble hermana,
en la vieja capilla está rezando.
Ros.—¡Oh, siempre tan piadosa!...
(Cuando reine,
en lugar de este Alcázar, será el claus-
tra morada real, y en vez de sedas tro
la Corte vestirá sayal y hábito...
(Cambiando de nuevo de tono y dirigiéndose
hacia la derecha.)
Voy a dar una vuelta en los jardines.
(A las damas.)
Aquí esperadme, y avisad si acaso
llega la Corte...
(A una dama.) Ven conmigo, Laura.
BEA.—(Se inclina.)
Alteza, hasta después...
Vio. Aquí esperamos.
(Sale Rosaura por la derecha, seguida de
Laura. Los pajes se inclinan a su paso, y se
retiran después por el fondo.)
Beatriz y Violante.
Vio.—(Viendo desaparecer a la Infanta en
voz oír a Beatriz.)
¿No te espanta, Beatriz, tanta perfidia?...
¿Ni un recuerdo siquiera para el noble
conde Lotario, que murió en el lago!...
BEA.—(Temblando de inquietud.)
¡Baja la voz, Violante!... ¡Si nos oye,
para que el buen juglar tenga compañía,
nos mandará a lo alto de esa torre!...
¡Hoy esta más alegre que acostumbra!...
Vio.—¿La ayudaste a vestir?
BEA. Y aunque te asombre,
al hablarla, al ceñirle las preseas,
ni una queja, Violante, ni un reproche...
¡Me hablaba con amor... Me sonreía
con tal dulzura!...
Movimiento de extrañeza de Violante.)
¡Sil!...

Vio. — (Como recordando.)

¡Igual que entonces!...

¡Que la mañana aquella en que encon-
(tramos
flotando en ese lago al noble conde!

(Pequeña pausa. Avanzan al primer término.)

BEA. — ¡Don Dionís, con qué pena verá el
que ensangrentó su hermano!...

Vio. — (Con misterio.) Voces corren
de que juró encontrar al asesino,

ya a Lotario vengar...

BEA. (Como a quien se le escapa un secre-
to.) ¡Ay, pues entonces,
cumplir no ha de poder su juramento!

Vio. — (Sin poder reprimir su ansiedad.)

¿Tú sospechas de alguien?...
(Beatriz va a la en romper su secreto.)

¿No respondes?...
BEA. — Sólo digo, Violante, que quisiera

encontrarme a cien leguas de la Corte!...

¡Lo que vieron mis ojos, no se atreven
a pronunciar mis labios!...

Vio. — (Imponiendo silencio y señalando a las
márgenes del lago.) Mas, ¿no oyes?

(Las dos se vuelven y miran.)

BEA. (Con alegría.)

¡Qué hallazgo!... El halconero favorito
de Rosaura... ¡Gastón!...

Vio. — ¡Quién le conoce!

Ayer era el doncel más divertido,

el juglar más alegre... ¡Y hoy si coge
el laúd, sus trovares son tan tristes

que hacen saltar las lágrimas!...

BEA. — ¡Quedóse
pálido como un muerto, y ya no cuida,
como antaño cuidaba, sus halcones!...

Vio. — Vaga como un espectro, hablando
(solo...)

Tiene los ojos húmedos e insomnes...
Parece haber llorado...

BEA. — Aquí se acerca.

Vio. — ¡Ni a levantar los ojos atrevióse!

(Aparece el Halconero por las márgenes del
lago, ensimismado y triste.)

Dichas y el Halconero Gastón.

(Las dos se dirigen alegremente a su
encuentro.)

BEA. — ¿Qué tábano, halconero, te ha
picado?

Vio. — ¿Te picó la tarántula, halconero?

BEA. — ¿Qué náyade ojiverde te ha em-
brujado?...

Vio. — ¿Fulguraba en su frente algún lu-
cero?...

BEA. — ¿A orillas de una alberca se pei-
naba

bajo el dosel florido de un rosa?...

Vio. — ¿Era de oro su túnica?...

BEA. — ¿Calzaba

irisados chapines de cristal?...

(El Halconero permanece inmóvil.) (hizo)?...

Vio. — ¿Qué mala hierba enmudecer te

BEA. — ¿Fue sortilegio de tu vieja aman-
(te)?...

Vio. — ¿Qué filtro, di, Gastón, qué be-
(bedizo

ha dejado sin rosas tu semblante?...

BEA. — ¡Ya bajo el mirador tu voz no es
(una

alondra, ebria de luz, que anuncia el
(día!...

Vio. — ¡Ni ruiseñor que trina de alegría
bajo el besode plata de la Luna!...

BEA. — ¿Qué te pasa, halconero? ¿Qué
(te pasa

que andas por los jardines mudo y tris-
huyendo de nosotras?...

(te,
Vio. — ¿Recibiste

alguna mala nueva de tu casa?...

BEA. — ¿Ha muerto, por tu ausencia, la
(doncella

a quien con tus canciones cautivaste?...

Vio. — ¿Estás enamorado de la estrella
que en el fondo de un pozo contemplas-
(re)?...

GAS. — (Queriendo deshacerse de ellas; como un
sonámbulo.)

(nes!...

¡Dejadme, que me esperan mis halco-
Soy halconero... Mis halcones cuida...

Vio. — Antes también cuidabas tus can-
(ciones...

GAS. — Mas, rompieron sus trabas... y
¡Dejadme!... Tengo prisa... (se han ido!

Vio. — ¿Quién te espera
con la Aurora?...

BEA. — ¿La virgen a quien amas,
te dió cita, doncel, bajo las ramas
que de flores cubrió la Primavera?...

GAS. — ¡Dejadme solo!... ¡Soy un apes-
(tado,

y apesto todo cuanto tengo al lado!...

Huid de mí, que mi mal es contagioso...

Vio. — ¿Qué tienes, halconero?... ¿Estás
(leproso?

GAS. — ¡Qué más lepra que estar ena-
(morado!...

(Quiere escapar, pero las damas lo detienen
de nuevo.)

Vio. — Halconero ¿de quién?... Dinos...

BEA. — ¿De alguna
princesa, por los genios encantada
bajo el cristal azul de la laguna?...

Vio. — Dinos, Gastón, el nombre de tu
(amada!...

GAS. — (Queriendo escapar; como quien sue-
ña.) ¡Estoy enamorado .. de la Luna!

(Las damas ríen, y la Infanta Rosaura que se ha ido acercando cautelosamente al grupo, lanza una vibrante carcajada. Gastón se vuelve, y al reconocerla, se queda como petrificado. Las damas se inclinan ante la Infanta.)

Dichos, Rosaura, Damas y Pajes.

Ros. — ¿De la Luna? ¡Qué horror!.....

¡Pues ten cuidado

no te vaya a ocurrir lo que al impío pastor, que de la Luna enamorado, por quererla besar se ahogó en un

(ríe!...)

¡Cúrate de ese amor, pobre halconero!

(ríe!...)

Da el amor de la Luna mala suerte...

Gas. — ¡Si yo como el pastor por ella

(muero,

al expirar, bendeciré mi muerte!

Ros. — (Cambiando de tono, con acento insinuante de ironía.)

¡Alta la Luna está para tu ojo!...

Gas. — ¡Mas me quedan los ojos para

Ros. — Cegar pueden tus ojos... (verla...)

Gas. — ¡Será en vano!...

¡Me resta el corazón para quererla!...

Ros. — (Dulcificando la voz.)

¡Gentil y amable tu respuesta ha sido!

Si la Luna, Gastón, la hubiese oído,

para pagar tu cariño tan ferviente,

quizás besase con la plateada

y quimérica luz de su mirada

la palidez marmórea de tu frente!...

(Mirándole con persistente interés.)

¡Vamos, pobre Gastón, lanza al olvido

tus amores fantásticos!... ¡No quiero

verte sufrir así, pobre halconero!...

Gas. — (Frenético de felicidad.) (ríe)

¡Bendito el dardo que mi pecho ha he-

rido y bendita la muerte de que muero!...

Ros. — Triste no quiero verte en este

vispera de una boda... (día,

(Con intención, dejando caer las palabras.)

¿Sus halcones

preparaste?... ¿No vas de cetrería

con el Rey y los nobles Infanzones?...

Gas. — El Conde don Dionís será mi

(dueño

cuando despunte el sol. Sobre mi puño

aleteará, glorioso de su empeño,

vuestro halcón favorito: el bravo Or-

(tuño...)

Halcón más fiero y más voraz, no cruza

el cielo azul...

Ros. — ¡Su gentileza adoro!

¡Toma este rico cascabel de oro

para adornar con él su caperuza!...

(Dándole un guinzo de oro.)

Gas. (En un arranque de orgullo.) (juro,

¡Gracias, gracias Alteza!... Mas yo os

por vuestro nombre y por mi honor,

(Princesa.

que en sus garras traerá gloriosa pre-

Ros. — (Con desprecio.) (sal!...

¡Alguna humilde garza de seguro!...

HAL. — (Altivamente.)

¡No ha de ser una tímida avecilla,

sino un águila heráldica y rampante,

como la que orgullosa y arrogante

en el blasón de vuestro escudo brilla!

Ros. — (Mirándole fijamente, después de bre-

ve pausa.)

Mas, en tanto que ensillan los corceles,

recítame, halconero, alguna de esas

trovas enamoradas, con que sueles

matar tus ojos...

Vio. — (Alegremente.) ¡La de las princesas

enamoradas de los trovadores!...

BEA. — ¡La de Amadis y la Bella Sul-

Ros. — (Imperiosamente.) (tana!...

¡La de aquel paje que murió de amores

por una noble Infanta castellana!...

(El halconero desuelga del cuello un pe-

queño laúd, y a sus sonas empieza a recitar,

con la vista baja y la voz tímida, en medio

del coro de las damas. A medida que va re-

citando su voz se anima y su expresión se

transfigura.) (la Infantina...)

Gas. — Es cruel como un ogro Ximena,

Parece hija del diablo y de una concu-

(bina...)

¡De sus manos te libre el Señor, go-

(londrina,

pues sacará tus ojos con una aguja

(fina!...

¡Lebrel, si amas la vida y conservarla

(quieres,

huye como de una víbora, si la vieres,

pues te dará resientes con puntas de

(alfileres!

A su puerta no llares, pobre mendigo

(anciano,

que está cerrada a todo sentimiento

(cristiano...)

¡Te arrancará las barbas de armiño con

(su mano!...

¡Te echará a la pocilga donde gruñe el

(marrano!...

El cuerno del viandante no soples,

(buen jugador,

ni a su presencia nunca te pongas a

(trovar,

¡que ella, el laúd, tu única gloria, te ha

(de quebrar!...

¡Es malvada: ¡Sus manos que envidian

(serafines,

por las que tantas lanzas rompen los
(paladines,
derriban los nidales que alegran los
(jardines,
y matan las abejas con ramos de jaz-
(mines!...
Y con sus escarpines de oro, en el sen-
(dero,
le troncha las patitas al implume jil-
(guero,
y aplasta a las hormigas que van a su
(hormiguero!
¡Oh, pobre paje rubio, que por el huer-
(to en flor,
de la luna de mayo bajo el claro fulgor,
vagas como una sombra, sollozando de
(amor,
hasta caer rendido al pie del surtidor!...
¡Antes de ver los ojos que causaron tu
(pena,
más te valiera paje, colgarte de una
(almena,
que es cruel como un ogro, la Infantina
(Ximena!

Dí-hoy y Angélica.

Asq. — (Interrumpiéndoles desde lo alto de la escalinata.) ¡Beatriz!... ¡Violante!...

Vio. — ¿Quién llama?...
(Todas se vuelven.)

Asq. — ¡Beatriz!... ¡Violante!... Venid, porque la Princesa quiere también bajar al jardín a despedir a la Corte, y aún está en su camarín sin ataviarse, esperando que le ayudéis a vestir!.

(Desaparece por la escalinata.)

Vio. — (Inclinándose ante la Infanta.)

Si su Alteza no lo impide...

Ros. — (Con ira reconcentrada.)

¡Cómo lo voy a impedir!...

¿Quién soy yo?... Misera Infanta!...

y ella será reina al fin!...

Vuestra reina... ¡La heredera

de este trono!...

(Con impetuosidad.) ¡Ve, Beatriz,

y tú, Violante... Idos todas!...

¿Qué falta me hacéis a mí?...

(Las damas se inclinan y se van atenciosas por la escalinata. Las pajes las siguen. Gastón va a partir también, pero se detiene a una señal de la Infanta.)

Tú, Gastón, solo conmigo

te quedas en el jardín!...

(Gastón se estremece deteniéndose, con el laúd aún en la mano.)

Rosaura y Gastón.

Ros. — (Volviéndose sonriente a Gastón.)

¿Por qué tiemblos, halconero,
y palidece tu tez? ..

Según me miran tus ojos
no parece si no que
tú eres el paje... y yo soy
la Infanta Ximena... ¡A ver,
si eres tú como él amante,
y yo como ella cruel!...

(El Halconero se agita convulso.)

¡Pobre halconero! ¿qué tienes?

¿Por qué tiemblos?... ¿Dónde fué
tu arrogancia de otros días,
aquella noble altivez

que te hizo mi favorito?...

Gas. — ¡Mi señora, no os burléis!...

Me dijisteis que trovara,

y yo gustoso trové...

Si es desagrado la trova

mi pobre laúd romped,

que antes de desagradaros

la muerte preferiré!...

Ros. — ¡Pobre halconero!... En tus ojos
una lágrima se ve...

Se detiene en tus pestañas

como si se avergonzase

de su propia timidez!...

(Con insinuante compasión, arrullándole con sus palabras.)

¡Vamos, pobre niño, calma!...

Si ante el cortejo del Rey

así te muestras, de fijo

se burlarán...

Gas. — (Fieramente.) Mas ¿por qué?...

¡Quien lo intentase, caería

desangrándose a mis pies!...

Ros. — ¡Bravo además!... ¡Noble gesto!...

(Con profunda fronta.)

Mas, tus manos de mujer

¿podrán—oh, noble halconero—

una espada sostener?...

Gas. — ¡Señora, piedad, señora!...

Ros. — (Aletándose despectivamente.)

¡Y digno eres de ella, pues

tu brazo es débil... y el alma

igual que tu brazo es!...

¡Mano que pulsa el laúd

no esgrime la espada bien!...

Gas. — (Deteniéndola, con irrefrenable im-

petu.) ¡Una presa me pedisteis?...

¡Pues juro que os la traeré,

antes que muera en los cielos

el sol que empieza a nacer!...

Ros. — (Riendo.)

¡Pobre Gastón!... Estás loco...

¿Qué vas, débil niño, a hacer?...

Gas. — ¡A demostraros que puedo

blandir la espada también!...

Ros. — ¡Adiós!... Te dejo...

(Haciendo que se va.)

Gas. — (Como un loco.) ¡Escuchadme!...

¡Tenéis que escucharme!...

Ros. — (Volviéndose sonriente y clavando en él sus pupilas dominadoras.)

¿Qué?...

(Gastón se queda inmóvil, aterrado de su atrevimiento, sin fuerzas ni para levantar los ojos del suelo.)

Vamos, habla... ¿Te has quedado mudo, halconero, también?...

¿Respondes?...

Gas. — (Cayendo de rodillas.)

¡Piedad, Alteza!...

Quiero hablaros... y no sé qué deciros... Estoy loco...

¡Mi llanto, señora, ved,

y si tenéis alma humana

mi dolor compadeced!...

(Sollozando, con las manos tendidas.)

¡Sólo piedad!...

Ros. — (Con forzada ingenuidad.)

Mas ¿por qué?...

¿En qué me ofendiste?...

Gas. — (Como espantado.) ¿Acaso

yo os he podido ofender?...

¡Si mi lengua os ofendiese,

aunque fuera sin querer,

de raíz me la arrancara!...

Ros. — (Alzándose e intentando de nuevo marcharse.) Vamos, Gastón, calma ten,

(Bajando de nuevo la voz y con profunda intención.) que pronto te irás de caza

con el cortejo del Rey...

Cuida mi Ortuño... y que traiga

la presa ofrecida.

Gas. — ¡Aunque

la vida me vaya en ello,

la presa juro traer!...

Pero oídme...

(Queriéndola detener.)

Ros. — ¡Adiós!...

Gas. — ¡Señora,

escuchadme!...

Ros. — (Ponleando una mano en la boca.)

¡No podré,

que hay cosas que ni pensadas

en silencio, puede ser!

Gas. — (Interponiéndose resueltamente.)

¡Si no me escucháis, me mato,

aquí mismo, a vuestros pies!...

Ros. — (Con sarcástica sonrisa.)

Si no tienes puñal, toma

este mismo...

(Saca del seno un rico puñal cincelado y se lo ofrece.)

Lo arranqué

del pecho del noble Conde

Lorario, la aurora en que

flotando sobre ese estanque

le hallaron muerto. Mas, vé...

¡Está manchado de sangre

hasta en el pomo!...

Gas. — (Echándole mano.) ¡Hasta él

en lo más hondo, señora,

del corazón me hundiré!...

Ros. — (Deteniéndole la mano en el momento en que va a herirse.)

Apártalo, ¡pobre niño!...

(Con insinuante misterio.)

¡Busca otro pecho más bien!...

¡Otro pecho que se ponga

a tu dicha!...

(Va a irse.) ¡Adiós!...

Gas. — (Deteniéndola.) ¡Tened!...

(Como ebrio.)

Ros. — (Volviéndose a él.)

¡Adiós, adiós, pobre niño!...

(Le toma violentamente la cabeza entre las manos, y le ofrece los labios.)

Toma mis labios...

(Le besa.) ¡Ya ves

cómo se engaña tu trova

cuando me llama cruel!...

(Se aleja solemnemente, imponiéndole silencio con un gesto, y asciende a la escalinata.

De cuando en cuando vuelve los ojos y le mira

provocativamente, sonriéndole. Gastón, desfaitecido de felicidad, se desploma sobre

un banco de mármol, en el centro de la escena.)

Gastón.

(Solo en el banco.)

¡Corazón!... ¡Corazón! ¿No la has oído?...

¿Y no estallas de júbilo?... ¡Alma mía!

¿Como muerta a sus plantas no has caí-

(do?...

¡Para alumbrar mi amor, florece el

(día!...

Siento mi carne y mis pupilas, llenas

de la alegría de ese azul bendito...

¡Todo el oro del sol arde en mis venas,

y mi pecho se ensancha de infinito!...

¡Ojos que la mirasteis inclinada (cierto

sobre mí, respondedme:— ¿Es cierto, es

que ha clavado en vosotros su mira-

(da?...

¿Estoy dormido aún o estoy despierto

(to?...

¿Es verdad, es verdad, pobres oídos,

que ella alentó mi amor?... ¿No la he

(escuchado

de rodillas, suspensos los sentidos.

como si el mismo Dios me hubiese ha-

(blado?

¡Labios, que entre sus labios aspiras-

(teis

todo el perfume de una Primavera
inmortal, ¿es verdad que la besasteis
o fué todo tan sólo una quimera
que en una noche de pasión soñasteis?...
(Reparando en el puñal y cogiéndole al
sol) (peño

¡Mas aquí está el puñal, que de mi em-

atestigua, en mis manos, la ventura...
¡Su hoja sangrienta donde el sol fulgu-

(ra

dice que ha sido realidad mi ensueño!
(Con celosa ira.) (ble!...

¡Oh, don Dionís... Tu muerte es infalli-
¿Un crimen?... ¿Qué es un crimen com-

(parado

con el inmenso bien de haber besado
aquello que creimos imposible?...

En tu garganta se hundirá este acero,
puesto que ella lo quiere... ¿Qué me

(importa

una vida, y dos mil, y el mundo entero,
si ante su amor la eternidad es corta?...

¡Gastón, eleva tu arrogante frente!...

¡Eres un Dios!... Sus labios te han un-

(gido

de eternidad... Tu corazón ¿no siente
que en su interior, florecen, de repente,
todas las rosas del jardín florido?...

¡Corred, lágrimas tímidas y amantes,
perlas que sobre mí vierten los cielos...

¡Desahogad mi placer, igual que antes
desahogasteis mis penas y mis celos!...

Dicho y Angélica,

Que penetra por la ribera del lago y se apro-
xima sonriente a Gastón.

ANO.—¡Por tin, Gastón, que te hallo!
De la Aurora a los fulgores

en vano el rastro he buscado]
de tu planta entre las flores...
(Contemplándole ansiosamente.)

Tienes el rostro de cera...
¿Por qué lloras, mi Gastón?...

GAS.—(Como soñando.)
¡Cállate!... La Primavera

florece en mi corazón...
Es extraño ¿no es verdad?...

¡Bendito el llanto que vestí
en mis ojos, porque es

llanto de felicidad!...
(Tomándola de las manos.)

¡Qué feliz amaneció!...
El cielo, el jardín, la Aurora...

todo parece que llora
lo mismo que lloro yo...

¡Qué aroma!... ¡Qué claridad!...
El lago entero florece...

¡Todo, hasta el aire, parece
que huele a felicidad!...

(Repican las lejanas campanas de un claus-
tro. Empieza el alba.)

Hoy, Dios ha vertido aquí
todas las dichas humanas...

Escucha... ¡Hasta las campanas
repicando están por mí!...

Parece el clamor sonoro
que anuncia resurrección,

como una lluvia de oro
dentro de mi corazón...

Todo en mí es alegría...
El sol que empieza a lucir

alumbró mi primer día,
porque hoy comienzo a vivir...

¡Alégrate, porque estoy
de alborozo tan henchido

que nadie, Angélica, ha sido
tan feliz como yo soy!...

¡Es tanta mi dicha, tanta
que repartirla pudiera

con todos, sin que perdiera
nada de ella!... Me levanta

tan alto sobre la tierra,
que desde su cumbre toco
la gloria...

ANO. (Espantada.)
¿Te has vuelto loco?...

¡Tu felicidad me aterra!...

Y si antes, de dolor
me llenaba de amargura,

hoy, Gastón, tanta ventura
me causa pena mayor...

(Pequeña pausa. Entrechando entre las suyas
las manos del Halconero.)

Cuando a la Corte llegué
hace tres meses, creía

que en ella te encontraría
tan feliz como soñé...

Tan alegre como eras
en aquel tiempo lejano,

cuando, jovial, de mi mano
andabas por las praderas

de nuestro valle natal,
ebrio de luz y poesía,

y para mí siempre había
en tu labio un madrigal...

Pero te hallé tan extraño,
tan otro, que hasta de mí

que más que tu hermana fui,
si te busco, huyes hurafío.

Y llorando tu rigor,
mi alma, de tu pena esclava,

a solas se preguntaba:
—¿Pero qué tendrá, señor?...

GAS.—¡Pobre Angélica!... Recobra
la paz, si sufres por mí...

¡Con la dicha que me sobra
feliz puedo hacerte a tí!...
Por mí, tu pálida tez
en llanto no bañarás...
¡Siempre alegre me verás
igual que en nuestra niñez!...
Y enlazados de las manos,
felices a todas horas,
como en aquellas auroras
aun seremos más que hermanos...
(Animándola.)

¡Pobre Angélica!... ¿No ves
mi entusiasmo y mi alegría?...
La fortuna, en este día,
he encadenado a mis pies...
Piensa en el gozo callado
de un ciego que de repente
cobra la vista, y se siente

por la vida deslumbrado:
y sólo así a comprender
mi ventura llegarás...
(Con misterio.) ¡Ni más tú debes saber
ni decir yo puedo más!...
(Resuena un clamor de trompetas de caza.)
¡Adios!... A la cetrería
me llama el aureo clamor
de esos clarines... ¡Buen día
de caza!... ¡Será mejor
que en mi existencia he tenido!...
¡Hoy ni halcón a cazar va
el bien que lloraba ya
eternamente perdido!...
(Se va precipitadamente por el fondo entre el
clamor de las trompetas, dejando a Angélica
turbada en el centro de la escena, mientras
desciende lentamente el telón.)

ACTO SEGUNDO

Salón gótico en el palacio del rey Arturo. Al fondo, una amplia galería abovedada que cierra el balustraje de mármol de la escalinata que conduce a los jardines. Por el hueco florido de los arcos resplandece la maravilla de las frondas envuelta en la plata azulosa y deslumbrante del plenilunio. A la derecha, dos grandes puertas que dan a los departamentos del Rey. A la izquierda, otra puerta oculta por un rico tapiz, que sirve de entrada al reposorio de la Princesa; y en el mismo lado, a segundo término, un Cristo de talla, en una hornacina empotrada en el muro, iluminado por una lámpara de plata. La luz de la lámpara alumbrá triatemente la escena. Sillones de alto respaldo en cuyos remates, sostenidas por dos ángeles de bronce, que sirven de lambrequines, brillan, esculpidas, las armas reales; dos leones rampantes de oro en campo de plata. En las garras de uno se abre un lis de azul, y en las del otro se retuerce una serpiente de sable.

Angélica, Violante y Beatriz.

(Conversando en voz baja en el centro de la escena.)

VIO.— ¡Malhaya la cetrería,
que a este reino va a dejar
como a un huerfanito ciego
perdido en la oscuridad!

BEA.— Al internarse en el bosque
la comitiva real,

el corcel del rey Arturo
resbaló en un materral,
y a tierra con su jinete
malherido, vino a dar.

ANG.— Y cuatro pares del reino,
los de más noble solar,
en hombros, sobre un escudo,
lo entraron en la ciudad.

Los ojos vítreos traía
y ensangrentada la faz,
y las gentes sollozaban
al contemplarlo pasar!

BEA.— ¡Y luchando con la muerte
lleva una semana ya!...

VIO.— ¡Malhaya la cetrería,
que a esta tierra va a dejar
como enlutada viuda
sin amparo y sin hogar!

(Pequeño silencio.)

BEA.— ¿Y no habla nada?...

ANG.— Tan sólo
a su estancia mandó entrar
a la Princesa y al Conde:

— ¡Hijos exclamó—doblad
la rodilla, y recibid
mi bendición paternal,
que quiero veros casados
antes que llegue a expirar!...

Era su voz un gemido;
y al esfuerzo para hablar,
sobre su pecho, veíase
su luenga barba temblar...

Y hoy, junto a su mismo lecho,
levantaron un altar,
y a presencia de la Corte
les ha unido el Cardenal...

¡Los novios y el moribundo
comulgaron a la par!...

Y a la Princesa causó
tal impresión, que al final,
desmayada hasta su lecho
la tuvieron que llevar...

BEA.— ¿Y el novio?

VIO.— A la Corte entera

ha mandado convocar esta noche, no se sabe con qué objeto... Mas será alguna nueva desgracia, que cuando los lobos dan er atacar un rebaño, no paran hasta acabar, porque los hambrientos llegan cuando los hartos se van. (Con recelo, como si temiese que la oyeran.)

Se dice que de su hermano Lotario, — de aquel galán tan apuesto y generoso, que en visperas de casar con la Princesa, encontraron muerto sobre ese cristal, — (Señalando al lago.)

el secreto de la muerte ha logrado averiguar... ¡Y ante ese Cristo ha jurado su noble sangre vengar!...

BEA. — (Sin poder contenerse.)

¡Si la Infantina quisiera bien le pudiera informar!...

(Todas se estremecen al escuchar el nombre aborrecido.)

ANO. — ¡La Infantina es una víbora enroscada en un rosal!...

Y ¡ay de aquel, que de sus flores quiera el perfume aspirar, que en sus venas la ponzoña de la muerte sentirá!...

BEA. — Parece que en estos días ha aumentado su crueldad...

ANO. — (Profundamente emocionada, con un dejo de ira en sus palabras.)

Ayer azotó a una esclava con tanta ferocidad, que la sangre de la misera, de las venas al brotar, bordó de vivos rubies el tisú de su brial!...

Y hasta a Gastón, su halconero, de grillos mandó cargar, encerrándole en la torre más alta de la ciudad...

Y gracias que la Princesa se interpuso, si no ya tan sólo nos quedaría de tan bizarro galán, un esqueleto pendiente del garfio de un almenar!...

BEA. — ¿Por qué con él tanta saña siendo su paje?...

VIO. — (Viendo aparecer por la primera puerta de la derecha a Micer Haroldo.)

¡Callad!...

De la cámara del Rey

sale el Canciller Real!..

(Todas se aproximan ansiosamente al que sale, para inquirir noticias.)

Dichas y Micer Haroldo.

VIO. — ¿Cómo sigue el Soberano, Micer Haroldo?...

HAR. — ¡Muy mal!

Con el fulgor de esa luna su vida se apagará, pues dicen que su destino ligado a Luna está, y del destino las leyes nadie las puede burlar.

BEA. — Micer Pietro, el florentino, con su ciencia ¿no podrá salvarle?...

VIO. — ¡Dicen que ha hecho tales prodigios, que más que prodigios son milagros!...

HAR. — (Severamente, señalando al Cristo.)

¿Milagros?... ¡No blasfemad!...

¡Sólo Aquél que en el madero, clavado y sangrando está, sólo Aquél, de hacer milagros y prodigios es capaz!

¡La ciencia del hombre es solo vanidad de vanidad:

humo que más se disipa cuanto se levanta más!

ANO. — Mas cuentan que el florentino al señor de Mirabal,

que volvió de las Cruzadas leproso, con solo untar sus lacras, con hierbas de esas que crecen en la humedad

de los pantanos del Ródano, la lepra logró curar...

¡y hoy es gala de Provenza el señor de Mirabal!

VIO. — Y a Papa, que en Avignón es luz de la Cristiandad,

¿no fué Micer Pietro quien sanó de su enfermedad,

de la enfermedad que todos reputaban de mortal?...

HAR. — ¡Ni al Soberano Pontífice ni al baronel provenzal

su hora les hubo llegado, como le ha llegado ya

al Monarca que a estos reinos sin cabeza va a dejar!...

BEA. — ¿No hay esperanza?...

HAR. — ¡Ninguna!...

Ya ha empezado a agonizar... La noticia por el reino voy a mandar pregonar...

¡Vosotras, arrodilladas, pedid al cielo piedad

por su alma, porque presto
oiréis, medrosas, doblar
por nuestro Rey, las campanas
de la vieja Catedral!..

(Sale lentamente por la galería del fondo. Las damas le siguen, y mientras él desciende por la escalinata, se agrupan conmovidas al amparo de los arcos, y así permanecen un instante, contemplando el encanto blanco y perfumado de la noche pleni lunar.)

Todas menos Micer Haroldo.

ANO.—¡Qué noche!... ¡No sé qué tiene la Luna, qué huy en el viento, que dentro del pecho siento que el corazón se detiene como encogido de espanto, y hasta mis pupilas sube algo así como una nube que quiere stallar en llanto!...

(Todas se estremecen y se estrechan entre sí aterradas, mientras desgarra el silencio el alarido de un pavo real.)

VIO.—¿Oyes?... Los blancos pavones en los altos balaustrajes, estremecen sus plumajes en medrosas convulsiones, y su alarido resuena en la noche limpia y clara, igual que si un alma en pena por el silencio pasara...

BEA.—Temblando entre los jazmines la Luna es como un sudario que amortaja el solitario ensueño de los jardines.

¡En el pavor de la hora callaron los ruseñores, y hasta parece que llora la voz de los surtidores!...

ANO.—¡Hay como un sordo lamento de garganta estrangulada en el suspirar del viento entre la verde enramada!..

Y los golpes del batán me estremecen de pavora...

¡Parece, Beatriz, que están cavando una sepultura!...

(Reparando en la lámpara. Todas se vuelven aterradas.)

Y hasta la luz temblorosa de la lámpara que arde al pie del Cristo, cobarde se agita y tiembla medrosa; y su círculo movable de sombra, a veces, se para, cual si apagarla intentara alguna boca invisible...

(Pequeña pausa. Se dirigen al amparo de la santa hornacina.)

BEA.—¡Ay, tengo miedo!
(Se arrodillan al pie de la Cruz, con las manos tendidas en una fervorosa imploración.)

VIO.—¡Señor,
por tus angustias y por
los martirios de la Cruz;
ampara al Rey!...

BEA.—¡Dadnos luz
en esta noche de horror!..

ANO.—¡Por la corona de abrojos
que nun sangra sobre tu frente;
por el llanto de tus ojos,
ampáranos, Dios Clemente!...

(Permanecen inmóviles orando, mientras por la galería del fondo, bajo el hechizo misterioso de la Luna, aparecen Rosaura y Gastón. Al rumor de los pasos sobre el losaje de mármol, las orantes se agitan, estremeciéndose de terror, pegándose las unas a las otras en un abrazo de miedo; tal un rebaño al sentir las pisadas cautelosas de las fieras hambrientas.)

Dichas, Rosaura y Gastón.

ROS.—(Avanzando hacia el centro y contrariada por la presencia de las damas.)

¿Qué hacéis aquí arrodilladas?

No es este vuestro lugar...

En la sala entre los pajes,
oyendo a un viejo juglar
maravillosas leyendas

de amor y guerras narrar,
o junto al lecho en que yace
vuestra Princesa Real!..

(Las damas se van levantando lentamente, inclinándose con respeto ante Rosaura.)

VIO.—Alteza, al cielo pedíamos
que tuviese caridad

de estos reinos infelices
que sin Rey van a quedar!

ROS.—(Imperiosamente.)

¡Idos pronto a vuestros puestos!

VIO.—¡Nuestra intención perdonad!

(Se inclinan y salen por la segunda puerta de la derecha.)

ANO.—(En voz baja al salir, dirigiéndose a Beatriz.) Beatriz, tiene su semblante esa belleza fatal,
con que subyuga y fascina
a las almas Satanás!

Rosaura y Gastón

ROS.—¿Qué bien, Gastón, cumpliste tu
(promesa?...

¿Qué bien traje, en sus garras sangui-
(nantes
mi heroico halcón, la codiciada presa?
¡Aun en tu cinto, orlada de diamantes
la rica y cincelada empuñadura,
de' tahalí de púrpura prendido,

esperando que cumplas lo ofrecido,
con regia pompa tu puñal fulgura!...

GAS. — (En un balbuceo doloroso.)

¡Perdonadme, señora!... El incidente
del Rey interrumpió la cetrería. .

¡Mas, yo os juro!...

Ros. — (Desdeñosamente.)

¡De nuevo juraría
tu labio contumaz, inútilmente!...

¡Malnaya ya que abriga confianza
en un doncel imberbe, cuyo brazo
por pulsar el laud, dejó la lanza!...

GAS. — (En un arranque de fiera, contem-
plándola fijamente.)

Mantengo mi promesa, y os emplazo
a mantener la vuestra... ¡Antes que el

(día
la alondra anuncie en la extensión se-
rena,

o colgará mi cuerpo de una almena
o habré cumplido la promesa mía!...

Dejad que mi furor de nuevo intente
cumplir lo que ofrecí... Si falla, ahora,
podéis burlaros de mi amor, señora...

¡Mas confiad en mí! que en tanto aliente
Gastón, será más vuestro que ese vano
zafiro, que cual lágrima caída

de un azul muy sereno y muy lejano,
puso un poco de cielo en la florida
alba primavera! de vuestra mano!...

Ros. — (Lanzando una carcajada.)

¡Valiente paladín!...

(Le vuelve despectivamente la espalda.)

GAS. — (Tremulo de ira, sin poder contenerse.)

¡Si se burlara
como vos os burláis, el más valiente
guerrero de la Corte frente a frente
la lengua y la existencia le arrancara!...

¡Pero sois vos, señora!... Y vos tenéis
razón para burlaros. Mas, prometo
que antes que asome el Sol, conoce-
el temple de mi alma... (réis)

Ros. — (Con feroz ironía.)

¡Acepto el reto!...

(Gastón intenta replicar, pero Rosaura le im-
pone silencio al ver aparecer por la puerta
de la izquierda al Conde Don Dionis, seguido
de sus pajes y escuderos.)

Dichos y el Conde Don Dionis, Pajes y Es-
cuderos.

(Estos y Gastón forman un grupo animado en
el fondo.)

Dio. — (Inclinándose.)

¡El cielo guarde vuestra vida, Alteza!...

Ros. — (El proteja la vuestra, noble her-
(mano!)

Dio. — ¡Oh, por piedad, no pronunciad
(tal nombre

en el lugar donde cayó Lotario, (mía,
mientras su sangre, que es la sangre
mi afecto fraternal no haya vengado!
Ros. — Olvidad...)

Dio. — ¡No es posible! ¡Si olvidara
no fuese caballero ni cristiano!

¡Al saber la noticia de su muerte
mi corte entera convocó un heraldo,
y en el altar mayor de mi capilla,
delante de los nobles, con la mano
puesta sobre los Santos Evangelios
y la Cruz de mi espada sobre el labio,
por las santas cenizas de mis padres,
a presencia de Dios, juré vengarlo!

Ros. — (Tremula de ira, mas intentando re-
primirla.) ¿Sospechasteis?...

Dio. — (Con ruda franqueza.)

Del Rey, y de la Princesa...
Perdonad lo que os digo... ¡Aquí me

(trajo
más que impulsos de amor, sed de ven-
Ros. — (Atañadole con fiera.) ¡ganza!...

¡Callad, porque la sangre del más alto
monarca de la tierra, del más noble
de todos cuantos arrastraron manto
y cileron corona. Conde, es así

con tan viles sospechas ultrajando!...

Dio. — (Con dignidad.) (mío,
Respeto a vuestro padre igual que al
ya vuestra hermana como esposa amo...

¿Y cómo, decid, cómo les amara
si aún de ellos siguiera sospechando?...

(En voz baja, con profunda alegría.)

Ade más, de la bárbara tragedia
el secreto fatal tengo en mis manos...

¡En poder de mis gentes ha caído
un juglar, y si no lo ha revelado,
ya lo revelará, que en el tormento

no hay misterio que no aclaren los la-
(bios!...

Ros. — (Contrariada y pálida, pero intentan-
do disfrazar su turbación.)

¿Un juglar?... Permittedme que me ría...
¿De un misero juglar vais a hacer

(caso?...
Dio. — ¡Si al fin el nombre del traidor
(obtengo,

el misero juglar será sagrado!...

¡Y para castigar al asesino,
el tormento más trágico y más bárbaro;

todo cuanto soñar pueda en las fiebres
de sus noches de insomnio un tirano;

todas las penas del infierno juntas,
no han de saciar la furia en que me

(abraso!...

¡Y por más noble que su estirpe sea,
aunque fuese el más alto soberano (ta,
de la tierra, en su sangre, gota, a go-

he de vengar la sangre de mi herma-

ANO.—(Desde la puerta.) (no!...

¡Venid! El Rey os llama...

Ros.—(Deteniendo a Don Dionis.)

¿Y la Princesa?...

Dio.—No fué nada: la angustia, el so-

(bresalto;

tantas noches en vela, tantas lágrimas,

el vigor de sus fuerzas agotaron.

Mas podrá recobrarlas nuevamente

con un poco de paz y de descanso...

¿Venís a ver a vuestro padre?

Ros.

Os sigo...

Dio.—(Volviéndose galantemente y ofrecién-

dole la mano.)

(mano!...

No, Rosaura... ¡Perdón!... ¡Tomad mi

(Salen los dos, seguidos de los pajes y escu-

deros por la primera puerta de la derecha.

Gastón va a salir el último, pero Angélica

lo detiene.)

Angélica y Gastón.

A. O.—(Deteniendo a Gastón.)

¿Dónde vas con tanta urgencia,

tan ciego y desatentado,

Gastón, que no has reparado

ni siquiera en mi presencia?...

GAS.—(Volviéndose sorprendido.)

¡Angélica!

ANO.—(Sin poder refrenar su alegría.)

Voz amada

¡gracias a Dios que te oí!...

Parece que no oigo nada

cuando estoy lejos de ti!...

Mirándole con ternura.)

¿Qué angustia hiriéndote está?...

¿Por qué desde que saliste

de la torre, andas tan triste

que pena mirarte da?...

GAS.—Ya sé que gracias a ti

de la prisión he salido...

¡Más te hubiera agradecido

que me enterrasen allí,

que aquel sepulcro profundo

podiera ser lenitivo

para el que vive en el mundo

tan solo como yo vivo!...

ANO.—(Profundamente conmovida.)

¡Qué injustos son tus rigores,

cuando, sin ti, parecía

que estaba sin luz el día

y sin perfume las flores!...

¡Si hasta tu halcón, el que era

de tu puño orgullo y gaia,

tu ausencia tanto sintiera,

que sin comer, bajo el ala

el pico, como queriendo

ocultar su amargo lloro,

en su alcandora de oro

de pena se fué muriendo!...

¡Y si sigues en prisión,

conozco, halconero, quién

se hubiese muerto también

de pena, como tu halcón!...

GAS.—¡Cómo a tu voz pagaré

los alientos que me da!...

Perdona si me olvidé,

en esta angustia que está

con mi corazón en guerra,

que aun queda a mi descosuelo

un ángel sobre la tierra

para recordarle el cielo!

(Estrechándole las manos con ternura.)

¡Mi ángel!...

ANO.—(Con ingenuidad.)

Mas, dime, Gastón,

¿qué crimen hiciste para

que la Infanta te encerrara

en tan obscura prisión?...

GAS.—(Terriblemente agitado, imponiendo

silencio a Angélica.)

¡Silencio!... ¡Jamás intentes

en mi pecho penetrar,

que pudieras encontrar

un vivero de serpientes!...

¡Callatel!... ¡Más te valiera

en el cubil de un león

entrar, que en mi corazón,

que es el cubil de otra fiera,

tan voraz y tan traidora,

tan hambrienta y tan cruel,

que cuanto penetra en él

entre sus garras devora!...

(Acercándose a ella.)

Acerca al pecho tu oído...

Más aún... Dime ¿no sientes

algo así como un aullido,

como un rechinar de dientes,

un luchar sordo que expresa

el más ciego frenesí?...

¡Es que no teniendo presa,

me está devorando a mí!...

ANO.—(Con tristeza, apartándose de él.)

Ya tu angustia he comprendido,

y tu honda pena respeto...

¡Que en tus ojos ha leído

mi corazón tu secreto!...

(En voz baja.) ¡La amas!...

GAS.—(Casi estallando en lágrimas.)

¡Silencio!

ANO.

¡La amas!...

GAS.—(Sin poder reprimir su angustia.)

¡Es verdad! ¡Tienes razón!...

¡Hace tiempo que en sus llamas

se abrasa mi corazón!...

¡Amor maldito y eterno,

en el que Dios fundir quiso

Y al ver mi primer sueño destruido,
de mi madre amparéme en el regazo,
y ciñendo su cuello con mi brazo:
—Dí, ¿por qué es suya?— suspiró a su

(oído.
Y ella, dándome un beso, como viciada
de aquel arrancar de dolor sincero,
exclamó, sonriendo entristecida: (ro...
—Es suya... sí... porque nació prime
Y yo, ocultando el rostro bajo el manto
sentí por vez primera, en el instante,
mis negros ojos desbordarse en llanto
hasta escaldar mi pálido semblante!...
Y, desde entonces, siempre, en la ve-

(lada
y en el sueño, mi espíritu obsesiona
el áureo resplandor de esa corona
que por ley del azar me está vedada!...
Pie. — (Después de un breve silencio.)
¡Acaba el odio que tu pecho siente!...
Esa corona que tu orgullo ansía,
al poseerse en tus sienes, dejaría
la mancha de Caín sobre tu frente!...
Ros. — Mas ¿qué importa, si siempre
(deslumbrado
en ella está mi pensamiento fijo?...
¡Por ella, este rencor he alimentado
con mis propias entrañas, como a un

(hijo!...
Pie. — ¡Te trata con cariño la Princesa!
¿Cómo podrás justificar tu ira?...
Ros. — ¡Pues ese mismo amor que me
(profesa,

enciende más el odio que me inspira!...
(Voiviéndose de nuevo hacia Micer Pietro,
con los ojos relampagueantes de furor.)
Mas ¿me ayudas o no?... ¡Pronto!...
(Responde.
¡Un siglo es cada instante de demora!...
Pie. — ¡Jamás, Rosaura!... Tu rencor
esconde,
y a los pies de la Cruz perdón imploro!
(ru!)...
¡Dios el remedio ante tus ojos pone!...
¡Doblega ante ese Cristo la cabeza,
y arrojada ante sus plantas reza,
para que su justicia te perdone!
(La induce a arrodillarse.)

(es duro
Ros. — ¡Déjame en paz!... ¡Mi corazón
y mi perdón a mí me está perdonando!...
¡Por ese Cristo, ¡ah!, por Él te juro
que ceñirán mis sienes su corona!...
Pie. — (Horrorizado.)
¡Sacrilega!... ¿No temes que irritada
la sombra a quien tu cólera provoca,
desenclave su mano atarazada,
para ahogar las blasfemias de tu boca?
Ros. — (Desafiante.)
¡Ya ves si es firme y pertinaz mi

(anhelo,
que no dobla su frente ni se aterra,
ni ante todas las leyes de la tierra,
ni ante todas las cóleras del cielo!...
(Tiende las manos en un gesto de desafío,
mientras desciende lentamente el telón.)

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior. Al levantarse el telón la escena aparece iluminada
solamente por la mortecina claridad de la lámpara que arde junto al Cristo de la hornacina
y el fúnebre resplandor de los grandes ciriales que sostienen los pajes. De cuando en cuando,
en los intervalos del diálogo, resuenan, lentas y graves, las campanas de la cercana
catedral que doblan por el alma del Rey. Una tristeza profunda y misteriosa flota en el
ambiente, y el aire de la noche agita las llamas de los cirios y los ricos tapices,

(El Conde Don Dionis, Micer Haroldo, Micer
Pietro y Caballeros seguidos de Pajes que
sostienen los cirios.)

Dio. — (Dirigiéndose a los caballeros que for-
man un semicírculo en torno de él.)
¡Nuestro buen Rey Arturo ya no existe!
¡La firme mano que empuñara el cetro
en la paz, con la misma fortaleza
con que en las guerras esgrimió el

(acero,
hoy inútil despojo de la muerte,
yace helada e inmóvil sobre el pecho...
Con la luz de sus ojos se ha extinguido
el claro sol que iluminó estos reinos;
y esas graves campanas que en la no-
(che
esparcen el clamor de sus lamentos,

al par que por su muerte, están do-
(blando
por la negra orfandad de todo un pue-
(blo!

Por ley de herencia pertenece el trono
a la esposa que darne quiso el cielo;
y antes que arrodillados a sus plantas
le prestéis como reina acatamiento
convocaros me plugo, porque ansío
que me presten su luz vuestros conse-
(jos.

Har. — (Inclinándose.) Hablad, señor...
Dio. — La sangre de mi hermano
venganza clama aún. Cual caballero
y cristiano, ante Dios y ante los hom-
(bres
juré vengarla... Entre mis manos tengo

Las pruebas de la infamia, y esta noche
saber el nombre del culpable espero...
¡Sea el que fuere, aunque en sus venas
(tenga

sangre real, barones de estos reinos,
ante todos vosotros, y a presencia
de Dios que mis palabras está oyendo,
en la cruz del acero puesto el labio,
mi venganza renueva el juramento!...
(Jura. Todos se inclinan.) (ramos!...)

HAR. — ¡Y nosotros también con vos ju-
¡Descuartizado sea, el que sin miedo
a mancillar las sacrosantas leyes
de la hospitalidad, manchó este reino
con tan negro baldón!... ¡Fuera el que

(fuera,
el más próximo y noble de mis deudos,
mi hijo propio, a morir descuartizado,
yo, en el nombre de todos, le con-
(Los nobles juran y asienten.) (deno!...)

Dio. — ¡Gracias, nobles barones!... ¡La
(sentencia

hare cumplir!... ¡Y perdonad si ciego
de furor, perturbé con mis palabras
la íntima pena que en vosotros leo,
en esta hora solemne y lacrimosa
que dedicar a la oración debemos!

(Señalando la segunda puerta de la derecha.)
¡Penetrad en la fúnebre capilla,
y postrados en torno de su féretro,
a compás de los cantos funerales
y entre las blancas nubes del incienso,
juntas las manos con unción ferviente,
por el alma del Rey rogad al cielo!

(Todos se inclinan y van desfilando lenta-
mente, seguidos de los pajes. Sólo Micer
Pietro permanece al lado del Conde Don Dio-
nis. Al ir a salir Micer Haroldo, Don Dionís
le detiene con un gesto.)

Don Dionís, Micer Haroldo y Micer Pietro.
HAR. — (Volviéndose.) ¿Qué queréis?

Dio. — Buen Haroldo, mi venganza
a tu lealtad y a tu rigor entrego.
(En voz baja.)
¿El juglar?...

HAR. — Vuestras órdenes aguardo...
Dio. — ¿Y tienes esperanza?

HAR. — En el tormento
de la rueda, más tarde o más temprano,
revelarán sus labios el secreto...
Dio. — No hay tiempo que perder...

HAR. — ¡Antes que el día
sus rosales de luz abra en el cielo,
por las cenizas de mis muertos juro,
que el nombre del traidor conoceremos!
En una fuerte torre de este alcázar
al buen juglar aprisionado tengo...
Le vigilaré mis guardias...

Dio. — ¿Son leales?...

HAR. — ¡Mi cabeza, señor, responde de
(ellos!...

Dio. — ¡Pues ve, Haroldo, al instante!
(¡A ver si logras

romper la oscuridad de este misterio!...
(Sale Haroldo por la arquería del fondo,
mientras don Dionís se vuelve hacia Micer
Pietro.)

Don Dionís y Micer Pietro.

Dio. — ¿Mi esposa, Micer Pietro?...

Pie. — ¡Estad tranquilo.
De su vida respondo...

Dio. — ¡Plague al cielo
que tu ciencia no falle!...

Pie. — ¡Con un poco
de reposo su mal tendrá remedio!
Y dentro de unos días, de rodillas
bajo las sacras bóvedas del templo,
entre el áureo clamor de los clarines
y los gritos de júbilo del pueblo,
han de ceñir sus sienes la corona
que enjoyaron de gloria sus abuelos.

Dio. — (Como estremecido por un fatal y tris-
te presentimiento.)

¡Así lo quiera Dios, pero me asalta
una vaga inquietud... y tengo miedo!

Pie. — ¿De qué, señor?... Hablad...
Dio. — De todo cuanto

me cerca...
(Bajando la voz y mirando recelosamente.

En este alcázar un misterio
sanguinante se esconde, y a su paso
se erizan de navarra mis cabellos...
Cien veces, bajo el sol de Palestina,
rota la espada y destrozado el yelmo,
entre nubes de flechas y venablos,
sentí silbar la muerte, sonriendo;
y hoy, si el cruzar estas desiertas salas
algún viejo tapiz agita el viento,
el corazón de pánico se encoge,
y estremecido de pavor me siento,
cual si a su amparo algún puñal busca-
la coyuntura para herir mi seno... [se,
Aquí cayó mi hermano, y me parece
que por doquiera un fantasma veo,
pavoroso, la sangre de su herida
con temblorosa mano conteniendo,
murmurar a mi oído, en voz tan débil
como el último soplo de su aliento:

Hermano, véngame, antes que caigas
también herido por el mismo hierro...
¡Y en tanto que no cumpla mi venganza
este oculto temor no tendrá término!...
(El Halconero, que ha estado como espiando
en la galería del fondo, aparece bajo los ar-
cos. Al rumor de sus pasos, don Dionís se
vuelve estremecido.)

Dichna y Gastón.

DIO. — (Con la voz ronca y la mano en la espada.)

Mas ¿quién va ahí?... ¿Quién va?

(El Halconero avanza silenciosamente.)

¡Responda pronto!

GAS. — (Avanzando.)

¡Soy yo, señor!...

DIO. — (No pudiendo reprimir la ira que le causa su presencia.)

¡Oh, siempre el Halconero!

¡Por donde quiera que camino, siempre con tu imagen equivoca me encuentro,

siguiendome los pasos, silenciosa

cual si fuese la sombra de mi cuerpo!

Si alzo un tapiz, tras el tapiz te hallo,

si salgo, acaso, a respirar el fresco

perfume del jardín, en los naczos

florecientes de rosas, te contemplo

fosforescentes de furor los ojos,

agazapado como un lobo hambriento

que se dispone a devorar su presa,

la fauce abierta y erizado el vello...

Si abro los ojos en la sombra, en ella

lo mismo que un relámpago siniestro

me deslumbra el fulgor de tus pupilas;

¡y hasta en los laberintos de mis sueños

siento el tesón de tu mirada ardiente

como un puñal que me desgarró el pe-

cho!...

¿Quién te ha mandado que mi paso es-

ples?

Para seguirme a sí, ¿cuánto de dieron?..

GAS. — (Con desesperada altivez.)

¡Ni ha habido gente de mi sangre espía,

ni yo, señor, como un jayán me vendo,

que todo el oro de la tierra es poco

para comprar el nombre, que ha dos-

años cuando lucía Carlomagno (cientos

en su sien la corona del Imperio,

hasta el mismo Rolando pronunciaba

como el nombre de un héroe, con res-

peto!

¡Y ¡vive Dios! que si ultrajarme osara

un labio que no fuera el labio vuestro,

la lengua de un tirón le arrancaríais

como se arranca una raíz del suelo,

porque la lengua que ultrajó a mi nom-

bre

jamás pudo contar su atrevimiento!

DIO. — Yo sabré castigar tanta osadía!..

GAS. — ¡Pues dadme ya el castigo que

merezco!

¡Mandad que el hacha del verdugo sie-

(gue

sobre el tajo el orgullo de mi cuello,

pero no me ultrajéis con vuestras du-

das,

porque la muerte al deshonor prefiero!..

(Con la voz profundamente conmovida.)

Sois el esposo de la reina mía,

y vasallaje y sumisión os debo...

¡Condenadme al más bárbaro suplicio

si os ofendió lo activo de mi acento,

que el que cansado está de la existen-

ascenderá al cadalso sonriendo, (cía,

lo mismo que si fuera a desposarse

con la novia ideal de sus ensueños!..

DIO. — (Serenándose y profundamente con-

movido por el dolor que parece retorcerse en

las palabras del Halconero.)

Yo no sé qué tristeza lacínante

respiran tus palabras, que tu aceto

desgarrado y profundo me conmueve

y hasta el fondo del alma, como esos

cantares que en la noche solitaria,

desgranando su angustia en el silencio,

en sus negros y estruchos calabozos,

entonan los dolientes prisioneros...

¡Perdóname, doncel, si has sido víctima

de la amarga inquietud de mis recelos!..

¿Cómo no ha de tomar el caminante

que en la noche su ruta va siguiendo,

por ladrones las sombras que los árbo-

(les

proyectan en la nieve del sendero,

si sabe que le acechan los ladrones

en los nocturnos bosques encubiertos?..

(Resuenan los cánticos funerales.) (mos,

Pir. — ¡Ya los oficios comenzar. Va-

Alteza, con la corte a orar el templo!

(Mientras salen por la puerta segunda de la

derecha, tras el tapiz de la izquierda aparece

sigilosamente Angélica.)

Gastón y Angélica.

GAS. — (Con la mano en la empuñadura de su

daga viendo desaparecer a don Dionis.)

¡Oh, brazo miserable, que no tienes

firmeza para herir!... Si herir deseas,

¿por qué frustras el golpe y te detienes

temblando de pavor?... ¡Maldito seas!

¡Mas tú no eres cobarde, brazo mío!...

¡En campo abierto o en lugar cerrado,

tu lanzón o tu espada, con qué brío

su corazón hubiera traspasado!...

¡Inútilmente la ocasión espectral!

¡En vano hacia el puñal tierdo la mano,

que el que nació cristiano y caballero

no puede asesinar como un villano!

(Angélica, que ha observado todos los movi-

mientos del Halconero, se le acerca. Gastón

se vuelve agitado.) ¡Angélica!

ANG. — (Contemplándola filamente.)

¿Qué horrible pensamiento

te obscurece, que he visto, acongojada,

arder como un relámpago sangriento

el alma de Luzbel en tu mirada?
GAS. ¿Qué te impulsa hasta aquí?
ANG. — (Con la voz de llanto.)

¡La voz suave
de aquella santa que en su seno unía
en un anhelo maternal de ave,
tu infantil cabecita con la mía!
Ungidas de una celestial fragancia
en mis oídos sus palabras gimen:
— ¡Angélica, al amigo de tu infancia,
no dejes, no, que lo de honre el crímen!
GAS. — (Espantado.)

¿Qué dices?
ANG. ¡No lo niegues! ¡No he mentido!
GAS. ¡Deliras!...
ANG. ¡No, Gastón!... ¡La vida diera,
porque lo que en tus ojos he leído
sólo un delirio de mi mente fuera!
(Acercándose más y oprimiéndole entre las
suyas las manos.)

¡Escúchame, Gastón! Por todo cuanto
de puro dentro de tu alma queda;
por mi voz, por mi pena, por el llanto
que de mis ojos desbordantes rueda;
por el amor que te nutrió en su seno;
por ese Cristo que en la cruz nos mi-
huye de esa mujer, cuyo veneno (ra...
emponzoña hasta el aire que respira!
Ella te arrastra al crimen...
GAS. — (Debatíendose desesperadamente.)

¡Calla, calla!...
¿No ves la angustia interminable y sor-
(da

en que, deshecho, el corazón estalla,
y cual vaso colmado se desborda
en las ardientes lágrimas que exhala?...
(Estalla en sollozos. Ella le acoge maternalmente
en sus brazos.) ¡Seno!...

ANG. — Ven y vierte tus llantos en mí
¡Si ella es, para perderte, tu ángel
(malo,
yo soy, para salvarte, tu ángel bueno!

GAS. (Desprendiéndose buscamente.)
¿Déjame! Tu piedad en vano llora...
(Se dirige hacia el fondo.)

ANG. — ¿Dónde vas?
GAS. ¡Yo que sé... ¡A donde pueda
refrenar el dolor que me devora
antes que el alma a sus delirios ceda!
(Se pierde por la escalinata que da al jardín.
Angélica le sigue hasta la galería; pero un
gesto imperioso del halconero le hace retro-
ceder; vacila un instante y se detiene apoya-
da en una columna. Después lanza un grito y
corre a abrazarse a la cruz con los ojos cu-
biertos de lágrimas.)

ANG. — ¡Señor, Señor, en tu piedad con-
(fío!

¡Que hasta su triste oscuridad descien-
(da
tu santa luz!... ¡Le salvaré, Dios mío,
aunque pierda la vida en la contienda!
(Aparecen por la galería del fondo Micer Har-
roldo y Rosaura. Al verlos Angélica se des-
liza sigilosamente detrás del tapiz que cubre
la puerta de la izquierda. Mientras la Infan-
tina y el Canciller avanzan, se escuchan los
salmos funerales y el lejano doblar de los
campanas.)

Rosaura y Micer Haroldo.
HAR. — (Con voz sorda, profundamente agi-
tado.)

Os vi nacer, y a vuestra sangre tengo
aún más apego que a la sangre mía...
¡Por eso ahora a preveniros vengo!...
¡Tenéis que huir antes que nazca el día!
ROS. (Desdeñosamente, apretando una
serenidad que desmienten el temblor de sus
manos y la agitación de sus movimientos.)

¿Qué estás diciendo?
HAR. ¡Lo que oís, señora!
¡No podéis vacilar!... ¡Estáis perdidá!
¡Os acusa el juglar, y si la aurora
os sorprendiera aquí, perdéis la vida!...
Yo suspender las pruebas he podido
hasta avisaros...

ROS. — (Con sonrisa desdeñosa.)
¿Y en las imprudentes
palabras de un juglar habéis creído?

HAR. (Atañiéndole con severidad.)
¡Perdonad!... ¡Son las pruebas conclu-
(yentes!...

Todo os acusa... Y si así no fuera,
si una esperanza para vos hubiera,
¿cómo el labio sincero de este anciano
a herir con tal sospecha se atreviera
a la hija de su propio soberano?...
Huid de la corte, y buscad seguro
en las tierras que os rinden vasallaje,
¡que yo, señora, por mi honor os juro,
las pruebas destruir!...

ROS. — (Con soberbia altanería.)
¡Mas tal ultraje
no sufrirá mi orgullo! ¡Aquí me quedo!

Y ¡si la envidia a condenarme osara,
yo la condena sufriré sin miedo,
luchando con mi suerte cara a cara!
(Vuelven a resonar los salmos funerales.)
HAR. — (Profundamente conmovido.)

¡No hay salvación!... ¡Huid!... ¡Por ese
funeral, por las luces amarillas (tanto
que aluabren su cadáver, por mi llan-
(to!...

¡Os lo pido, señora, de rodillas!
(Se intenta postrar a los pies de Rosaura,
pero ésta le contiene.)

En el jardín esperan a su Alteza
gentes que a vuestro feudo han de es
(Con sincero dolor.) (coltaros...
Yo no puedo hacer más... Y al ayuda
así también arriesgo la cabeza... (ros
Mas dejad que este viejo desafíe
vuestro adverso destino, y sin demora
salid hoy de la corte...

(Besándole la mano ¡Adiós, señora!...
¡Para siempre quizás!... ¡Que el cielo

(Sale por la galería del fondo, Rosaura le
contempla partir, apoyada en el respaldo de
un alto sillón. Un momento de silencio, en el
cual permanece inmóvil, como petrificada en
sus pensamientos. De pronto se yergue, en
un gesto de fiera ira inaudito que le hace re
torcerse de furor.)

Rosaura sola.

¿Huir? .. ¡Nunca!... ¡Mi presa no abunda
(donde!...

Ya está la suerte echada y decidida...
¡Antes que nazca el sol, o escudo el
o en el asalto perderé la vida!.. (trono,
(Una tempestad de sangre ciega sus ojos, e
instintivamente le arrastra su destino hacia
la puerta de la cámara donde yace su her
mana.)

Aquí duerme... Está sola... ¡Si firmeza
tuviese el corazón!...

(Va a alzar el tapiz, pero sus manos, retroce
den como si hubiesen tocado a una llama.)

Pero, es en vano...

Yo no la puedo herir... ¡Naturaleza!
¿por qué desarmas, para herir, mi mano?
(Desesperada de su impotencia y como rebel
ándose contra ella.)

¡Por todo cuanto ruge y cuanto odia,
ayudadme, potencias infernales!...

(Intenta avanzar de nuevo; pero al llegar a
los umbrales, retrocede espantada.) (día

¡Mas, no, no puede ser, porque custo
la sombra de mi madre eses umbrales!

(Desvariando, como si la visión apareciese
realmente ante sus ojos atónitos.) (liente

¡Tiene abiertos los brazos, y un do
reproche en su pupila azul destella,

como diciendo a mi furor... ¡Detente!...
¡Me tendrás que matar antes que a

(ella!...

(Pequeña pausa, en la que todo su ser pare
ce crujir y debatirse en una lucha interior,
inauditamente dolorosa y cruel.)

¡Si alguien en quien fiarme yo tuviera!
(El odio vive a apoderarse de su alma, y
una esperanza centellea en el negro sinlesto
de sus pupilas.)

¡A cambio del más bárbaro y eterno

dolor, negras deidades del infierno,
prestadme un brazo que sin miedo hiera!
(Se yergue en un arranque frenético de or
gullo y de fiera.)

¡He de triunfar!... ¡Mi espíritu altanero
a la tierra y al cielo desafía!...

(Se vuelve de súbito al rumor de los pasos
de Gastón que aparece en la galería del fon
do.) ¿Quién va ahí?... ¿Quién va ahí?...
(Dando un grito salvaje al reconocerlo.)

¡Ah...! ¡Mi Halconero...!

¡Luzbel desde el infierno me lo envía!
Rosaura y Gastón que avanza como un so
námbrulo por la galería del fondo,

ROS —(Saltándole al encuentro, con la voz
insinuante y misteriosa.)

¡Gastón!... ¿Adónde vas?...

(El Halconero se detiene estremecido.)

GAS. ¿Qué me queréis?

ROS.—No te inquietes, y escúchame
(con calma...)

(Lo atrae hacia ella, clavando en él sus ojos
fascinadores.) ¿Puedo contar contigo?

GAS. Ya sabéis
que soy vuestro, señora en cuerpo y
¡Hablad, Alteza!... (alma.

ROS.—(Queriendo dar a sus palabras una
emoción sincera, pero como dudando de lo
que le va a decir.) ¡No, porque pudieras
escuchar tales cosas, que erizado
el cabello de espanto, de mi lado
como del propio Lucifer huyeras!

GAS.—(Como si se rebobase de súbito, al con
juro de la voz amada, todos los bríos y los
entusiasmos de la juventud.)

¡Pedidme que deslustre los cuarteles
que avvaloran mi escudo, única heren
(cia

de mis padres; que manche mi concien
con los actos más viles y crueles; (cia
que al huésped que a mi amparo se ha
(acogido

de su enemigo a la venganza entregue,
bajo mi propio techo; que reniegue
de la fe y la ley en que he nacido;
que dé entrada en mi patria al extran
(jero...)

¡Pedid, pedid!... Si es en servicio tuyo,
— ¡oh, amor, en cuya cárcel vivo y
(muerol...)

mi propio deshonor será mi orgullo!...

ROS.—(Más insinuante aún, abrazaándole con
el fuego de sus ojos y embriagándole con el
perfume de su aliento.)

¡No me retes, Gastón!...

(En voz muy baja, dejando caer lentamente
las palabras.)

¿Se atrevería

tu mano a cometer tal villanía,
que a través de los siglos, en la his-
(toria,
a las gentes futuras, tu memoria
por infame y por vil espantaría?
GAS.—¡Qué importa, si también al par
(el hombre
al pie de mi baldón mirará escrito:

—¡Amó con un amor tan infinito
que eternamente deshonró su nombre!
Decid que robe... ¡Y a la imagen santa
de la madre de Dios, que en la capilla
de la severa catedral, humilla
la serpiente del Mal bajo su planta,
yo, la corona que en su sien desteñía
todo el oro y las perlas del Oriente,
le arrancaré, para ceñir con ella
la marmórea altivez de vuestra frente!
¡Decid que mate sin piedad; y aun
(cuando

en nobleza y poder al Rey se iguale,
veréis caer, a vuestros pies, angrando,
a aquel que vuestra mano me señale!...
Y si a mi propia madre señalara...
¡Tal me tenéis la voluntad rendida,
que hasta por vos, señora, apuñalara
al propio seno que me dió la vida!...
Ros.—(Echándole los brazos al cuello.)

¡Digno eres de mi amor; y así te quiero!
¡Así te quiero ver: audaz y erguido,
retando al bien y al mal, bravo halco-
(nero,

bello y terrible como un Dios caído!
(Poniendo en su voz todas las mieles y las
promesas del deseo.)

¡Para embriagar de amor tu vida loca,
yo sabré darte, en inmortales brazos,
las cadenas de rosas de mis brazos
y los besos de fuego de mi boca!

Y cuando toda adversidad concluya
y recobremos la pérdida calma,
yo, desnuda a la par de cuerpo y alma,
—¡Tomame!— te diré... ¡Soy toda tuya!

GAS.—(Embriagado de felicidad y estrechán-
dola entre sus brazos.) (mento

¡Oh, dulce amor!... ¡Bien vale este mo-
que entre tus brazos prisionero estoy,
toda una eternidad de sufrimiento...!
¡Manda a tu arbitrio, que tu esclavo
(soy!

(Rosaura le toma de una mano y le arrastra
hacia la puerta de la izquierda. Después le
indica el puñal, señalándole la cámara de la
Princesa. Babuciente por lo horrible de la
sorpresa.) ¿A la reina?...

Ros.—¿No dije que sería
tan cruel, tan villana y tan horrible
la acción que ejecutar te ordenaría,

que tu mano al herir vacilaría?

GAS.—(Desnudando el puñal y avanzando.)
¡Para tan grande amor todo es posible!
(De pronto, cae al pisar los umbrales, se de-
tiene y se vuelve vacilante hacia Rosaura.)
Mas, ella...

Ros.—(Con toda la fuerza que le da su des-
esperación.)

No preguntes... Sube al trono,
mañana mismo... ¡Ceñirá su frente
la corona real que inúltimente,
hace ya tantos años que ambiciono!...
Me acusan de la muerte de Lotario...
¡Si ella no muere, moriré mañana!...
¡Gastón, que una perezca es neces-
¡Elige tú!... (ríe!...)

GAS.—(Alzando la cabeza, en un gesto de
suprema resolución.)

¡Perecerá tu hermana!...
¡Todo tuyo será! ¡Mi amor lo juré!...
¡Por ti ruedo al infierno, sonriente!...
¡A costa de mi eterna desventura,
reclia corona ceñirá tu frente!...

(Avanza con el puñal desnudo; más al desco-
rrer el tapiz de la entrada aparece, cortán-
dole el paso, la dolorosa figura de Angélica.
Gastón retrocede; Rosaura ahoga un grito de
rabia, retorciéndose de desesperación.)

Dichos y Angélica.

ANG.—(Con los brazos tendidos, defendien-
do con su cuerpo la entrada.)

¡Atrás! ¡Atrás!... ¡Mi angustia desafía
a vuestros ciegos odios infernales!...
¡Para evitar un crimen, Dios me envía,
y defiende mi cuerpo estos umbrales!

GAS.—(Después de un instante de vacila-
ción, avanzando resuelto.)

¡Aparta!... ¡Déjame!...

ANG.—¡Sacta en tri seno
el sangriento furor en que te abrasas!
¡De aquí no has de pasar, si antes no
(pasas

sobre el cadáver de tu arcángel bueno!
GAS.—(Empuñándole.)

¡Pasaré aunque el cielo se opusiera!
(Angélica se abraza a él con todas las fuer-
zas de su trágica angustia.)

ANG.—(Deshecha en llanto.)

¡No pasarás!... ¡Llorando te lo pido!...
¡Por tu madre!...

(Forcejeando los dos se separan de la puer-
ta, dejando libre la entrada. En este momen-
to, Rosaura, que ha permanecido hasta en-
tonces inmóvil, como reconcentrada en un
pensamiento, arrebatada violentamente de ma-
nos de Gastón el puñal, y como poseída de
un vértigo de destrucción, se dirige hacia la
cámara real.)

Ros.—¡El infierno lo ha querido!
¡Será preciso que a mis manos muera!
(Penetra en la estancia. Gastón y Angélica continúan luchando, abrazados desesperadamente.)

Angélica y Gastón y después Rosaura.
GAS.—¡Suéltame!... ¡Suéltame!...
ANG.—¡No he de soltarte!
¡No ganará Rosaura la partida!...
¡Te he jurado salvar, y he de salvarte, aunque al salvarte a ti, pierda la vida!
GAS.—(Dándose cuenta de la desaparición de Rosaura, en un esfuerzo violento por desprenderse de los brazos de Angélica.)
¡Suéltame!... ¡Suéltame!... ¡Llegó la

[hora!
ANG.—(No viendo a Rosaura, lanza un grito desgarrador, como si presintiese la tragedia.) ¡Amparadnos!... ¡Socorro!...
(Gastón la oprime entre sus brazos para ahogar sus palabras.)

¡Madre mía!... (De pronto queda rígida. Gastón retrocede espantado y ella se desploma exánime al pie del Cristo, mientras por la puerta de la izquierda aparece Rosaura desmelenada y pálida, con la máscara del crimen sobre el rostro, esgrimiendo aún en sus manos el puñal ensangrentado.)

GAS.—(Atónito al verla.)
¿Qué habéis hecho?... Decid... ¡Decid, [señora!...

Ros.—(Como entoquecida.)
¡Triunfé en mi empresa!... ¡La corona [es mía!

(Se oye el rumor de la gente que llega. Los dos se miran; vacilan, sin saber si huir o si quedarse. De súbito, Gastón arranca de las manos de Rosaura el puñal, como si una resolución inquebrantable y salvadora se apoderara de su ánimo. Don Dionís, Micer Haroldo, Micer Pietro, Beatriz, Violante y algunos caballeros invaden la estancia por la puerta de la derecha, a la luz de los cirios que sostienen los pajes. Escena rapidísima.)

Dichos, Micer Haroldo, el conde don Dionís, Micer Pietro, Violante, Beatriz, caballeros, soldados, pajes y damas.

Pie.—¿Qué sucede?...

Dio.—¿Qué voz auxilio clama?...
(Al resplandor de los cirios distinguen el cuerpo inanimado de Angélica. Todos se agolpan.)

HAB.—(A don Dionís.)
¡Ven y mira, señor!... Aquí, delante del Cristo, desmayada hay una dama...
(Algunos pajes se inclinan.)

Pie.—(Poniéndole la mano sobre el corazón.)
¡La muerte ha puesto sobre su sem-
[blante

el pavor de su máscara angustiosa!...
(Violante y Beatriz se arrodilan junto Angélica. Gastón se adelanta hacia el grupo, livido, pero sereno, con la fe de quien va a cumplir un sacrificio sagrado. Rosaura permanece inmóvil, como petrificada, en los umbrales de la cámara.)

Dio.—(Reparando en Gastón.)

¿Qué pasa, dir

GAS.—(Adelantándose en medio del grupo.)

¡Señor, la misma mano
que a vuestro amor arrebató un herma-
[no,

acaba de dejaros sin esposa!...
(Una emoción profunda conmueve a todos. Sobre el rostro de Rosaura pasan todas las tempestades de la ansiedad y el terror.)

Dio.—(Balbuciente de dolor y de ira, dirigiéndose al Halconero.)

¿Donde se oculta?... ¡Pronto!, dime,
[¿dónde?...

GAS.—(Con voz firme y dura.)

¡Aquí mismo a la muerte desafía!

(Rosaura tiembla.)

¡Cansada de vivir, ya no se esconde!...
(Dirige una suprema mirada de despedida a Rosaura, y con un ademán supremo se vuelve hacia el conde.)

¡Esa mano, señor; vedla!... ¡Es la mía!...
(Extiende el brazo armado aún con el puñal que arrebató a Rosaura. Esta lanza un grito. Todos acometen al Halconero, que con gesto heróico, silencioso, presenta su pecho a las espadas, mientras desciende lentamente el telón.)

FIN

FUERA CANAS sin teñirlas ni arrancarlas



Marcas Registradas

Gran invento **BRILLANTINA INDIA** (Sin grasa)

Tábase en la etiqueta La figura de la India. (Marca Registrada.)

Producto antiséptico, compuesto de raíces aromáticas. Único que sin teñir, en pocos días devuelve a las canas su color primitivo. Usándole no salen nunca. Fortifica la raíz del cabello evita su caída y le devuelve el jugo perdido, pues la cana no la motiva otra causa que la falta de dicho jugo, sin el cual se desbota la raíz, haciéndole perder color y fuerza. **Precio 5 pesetas.** De venta en todas las perfumerías y droguerías. Por mayor J. KARRERA, Muñoz Torrero, 6. MADRID.

50
Centimos
CAJA

Pildoras Saludables

MUNOZ
LAXANTES PURGANTES
EN TODAS LAS FARMACIAS

20
DOSIS

Rogamos a nuestros correspondientes y sus clientes, que al momento de recibir las pildoras de la Administración Central de Carrion Central, nos remitan en la correspondencia en la siguiente forma:

PRENSA POPULAR

Apartado núm. 408

MADRID

STILOGRAFICAS

Millares donde elegir desde 1 a 300 pesetas

Casa MOZO Alcalá, 9
MADRID

Tos ferina jarabe Bebé

PRINCIPALES FARMACIAS Y BROQUERIAS

MIPOFOSFITOS SALUD.

TÓNICO NERVIOS.



LA GARRA

PRENSA POPULAR del puesto a la venta las celebres obras de

LINARES RIVAS

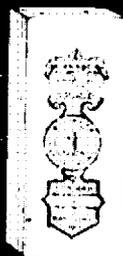
La Garra. La fuerza del mal. Fantasmás. La raza Como buitres. La espuma del champagne. Aire de fuera. El abolergo. Nido de águilas. La estirpe de Júpiter. Maria Victoria. En cuarto creclente. Como hormigas...

Precio de cada tomo: 3 pesetas.

Pidense a Ebreros, a nuestros Correspondientes y a esta Administración, Madrid, Calvo Asensio, 3

Treinta años de éxito creciente

PODEROSO REGENERADOR



Anemia
Neuraslenia
Desnutrición
Convalecencias
Inapetencia
etc.

HIPOFOSFITOS SALUD

SUSCRIBASE USTED

A NUESTRAS POPULARÍSIMAS REVISTAS

Madrid y Provincias Extranjero.

La Novela Corta	7,50	10,00
La Novela Teatral	9,50	12,00
La Novela Corta y La Novela Teatral	15,00	20,00

(Suscripción combinada.)

La suscripción empieza con el primer número de cada mes.

PAGO ANTE HECHO. NO SE ACEPTA EN SELLOS.

MADRID. CALLE DE CALVO ASENSIO, 3. APARTADO 498

ADREMA



MAQUINAS PARA ESCRIBIR DIRECCIONES

2.500 direcciones por hora

sin posibilidad de equivocación.

Una sola máquina "ADREMA"

hace el trabajo de 20 empleados.

Se amortiza a sí misma en un plazo máxi mo de dos años.

Catálogos y presupuestos gratis.

Véase funcionar en la

Papelería Americana, Espoz y Mina, 14, Madrid